

setas, y como horror supremo, un niño que debió ser enterrado vivo.

Llega esta figura á lo sublime del dolor y la desesperación: nunca alcanzó tal extremo la expresión del poder humano; clávanse las uñas en las palmas de las manos; tienen los nervios la tensión de las cuerdas de un violín; las rodillas se doblan en ángulo convulso; la cabeza se echa violentamente hacia atrás; el pobre niño, en inaudito esfuerzo, dió vuelta en el ataúd.

El Museo, situado en la Casa Consistorial, encierra cuadros muy notables: entre otros, dos de Bega, que son dos perlas inestimables; hay otros de Ostade, delicadísimos; de Tiépolo, fantásticos y caprichosos; de Jordaens, de Van Dick, y un cuadro gótico que debe de ser de Chirlandajo ó de Fiésolo.

En Burdeos la influencia española empieza á sentirse. Casi todas las muestras están en ambos idiomas. Los libreros tienen, por lo menos, tantos libros españoles como franceses. Mucha gente habla en la lengua de Don Quijote y Guzmán de Alfarache.

Aumenta este influjo á medida que se aproxima la frontera, y á decir verdad, el matiz español en esta media tinta se sobrepone al matiz francés. El *patois* que habla la gente del país tiene más de español que del lenguaje de la madre patria.

## II

## Bayona.—El contrabando humano

Las *landas* se ven de nuevo al salir de Burdeos, más tristes, si es posible; retamares y pinos separados unos de otros, algún pastor huraño que guarda acurrucado un rebaño de carneros negros y cabañas semejantes al *wigwam* de un indio, ofrecen un espectáculo lúgubre y muy poco recreativo. Los pinos, con cortes de los cuales brota la resina, presentan lamentable aspecto. Aquellos árboles enfermizos, privados de parte de su savia, parecen formar un bosque injustamente asesinado que alza el cielo los brazos en demanda de justicia.

Recortóse luego un contorno azulado en el fondo pálido del cielo: era la cordillera Pirenaica. Pocos momentos después, una casi invisible línea cerúlea, representación del Océano, nos indicó nuestra llegada á Bayona, que se aparecía bajo la forma de un montón de tejas aplastadas, con un campanario rechoncho. No quiero hablar mal de Bayona, porque una población vista en día de lluvia siempre es fea. Casi española es Bayona por el idioma y las costumbres; la fonda en que paramos se llamaba de San Esteban. Cuando se supo que iba yo á viajar por la Península, me dieron toda clase de consejos: «Compre usted fajas coloradas para sujetarse el vientre; provéase de trabucos, de peines y de agua insecticida; llévase galletas y provisiones.

Los españoles almuerzan una cucharada de chocolate; comen una cabeza de ajos, y un cigarrillo les sirve de cena: lleve usted también un colchón y un puchero para acostarse y hacer la comida.» Nada tranquilizadores eran los diálogos de las guías de viajeros. En el capítulo de *El viajero en la posada* se leen estas frases espantosas:—Quisiera tomar algo.—Pues tome usted asiento— responde el mesonero.—Bueno; pero es que quisiera tomar algo más nutritivo.—¿Y qué ha traído usted?—Nada.—Pues entonces, ¿cómo le voy á dar de comer? Ahí cerca vive el carnicero, algo más allá el panadero. Traiga usted pan y carne, y si hay carbón, mi mujer, que entiende algo de cocina, guisará...—El viajero, enfurecido, arma un escándalo, y el posadero, impasible, le pone en la cuenta: seis reales de alboroto.

El coche que va de Bayona á Madrid lo conduce un mayoral con sombrero puntiagudo, adornado con terciopelo y bolas de seda, chaqueta obscura con alamares de color, polainas de cuero y faja colorada. Esto ya tiene algo de color local.

El reloj de la iglesia de Urrugne lleva escrita en letras negras la fúnebre inscripción: *Vulnerat omnes, ultima neeat*. Razón tienes, esfera melancólica; todas las horas nos hieren con la acerada punta de tus agujas, y cada vuelta de la rueda nos arrastra hacia lo desconocido.

En la frontera la guerra civil ha originado dos clases de comercio: el de balas encontradas en el campo y el de contrabando humano. Se pasa un carlista como quien lleva un fardo y se paga con sujeción á una tarifa. El contrabandista agarra á un hombre, lo pasa y lo lleva á su destino, como si fuera una docena de pañuelos ó un ciento de cigarros.

## III

El zagal y los escopeteros.—Irún.—Los pordioseros.

Astigarraga

La mitad del puente sobre el Bidasoa pertenece á España, de modo que se puede poner un pie en cada reino, lo cual es muy majestuoso. Al terminar el puente se entra de plano en la vida española y en el color local. Irún en nada se parece á un pueblo francés. Los balcones son muy salientes, de labor antigua, trabajados con una prolijidad rara en un pueblo perdido como Irún, y que hace suponer una opulencia desvanecida. Las mujeres se pasan la vida en aquellos balcones, á la sombra de las cortinas de colores, que parecen salas aéreas apoyadas en el edificio. Los costados quedan libres y dan paso á la brisa fresca y á las ardientes miradas.

Al salir de Irún engancharon á la diligencia diez mulas esquiladas hasta la mitad del cuerpo, que recordaban aquellas vestimentas de la Edad Media, semejantes á dos mitades de trajes cosidos por casualidad. Acompañáronnos un zagal y dos escopeteros armados con trabucos. Antes de echar á andar, hubo que visar los pasaportes, ya bastante emborrionados.

Un ruido extraño, inexplicable, ronco, espantoso y ridículo me preocupaba hacia tiempo; parecía producido por una muchedumbre de grajos des-